

■ La rara virtud de la ambigüedad

Chatarras

ANICETO VALVERDE CONESA

El cartonero —y también chatarrero— que pasa todos los días por las esquinas de mi casa es un tipo culto, con amplia formación y experiencia. Cuando cae la noche sobre la ciudad, antes de que pase el camión municipal de la basura, él hace su registro minucioso de los desperdicios. Dicen que por la basura que, como huella imperecedera, dejamos tras nuestra se nos puede conocer. Ese chatarrero y cartonero es un experto en la materia, orgánica, inerte e inorgánica. Mucho más que cualquier psicólogo, sociólogo o cura. Por esto prefiere los chalecitos o viviendas unifamiliares a los edificios. Aunque a éstos tampoco les hace ascos y tiene ya unos cuantos estudios publicados al respecto.



El cartonero y también chatarrero que pasa todos los días por la esquina de mi casa tiene una formación notable. Hace ya bastantes años realizó unos cursos de gestión empresarial e informática de los que imparte el Inem. Posteriormente la ha ido completando con una nutrida experiencia profesional. Ultimamente dirige, con mucho éxito, una compañía empresarial con centro en la basura. Pero no sólo se dedica a la recogida, clasificación y reciclado de los desechos humanos. También es requerido frecuentemente por el CIS y por algunos partidos políticos para que les informe sobre la intención de voto de la población. Pues está comprobado que los restos contenidos en la basura denotan la complacencia o no de la ciudadanía respecto de las últimas decisiones políticas o meros globos sonda. Y eso interesa mucho.